

ACE pocos días, por la explanada del santuario de Lourdes pasaba un impresionante cortejo de 122 cardenales, arzobispos y obispos franceses que se dirigían a la basílica subterránea para celebrar una misa comunitaria.

Veinte mil peregrinos venidos de Francia y de Irlanda contemplaron esta inusitada demostración.

La misa fue celebrada por todos, y el cardenal Lefebvre presidió esta misa comunitaria, que los demás arzobispos y obispos, juntamente con el nuncio, dijeron en una impresionante expresión comunitaria.

La colegialidad de los obispos se manifestó en este acto de culto católico, el más elevado, que es la misa. Y este acto de comunidad se puede decir que ha sido el resumen y símbolo de los trabajos realizados en plena colaboración por los obispos del país vecino.

La prensa, con gran orquestación, se ha hecho eco de esta importante asamblea, la primera celebrada después del Concilio, que ha abordado todos los temas más importantes y delicados que afectaban al catolicismo en Francia.

Algún eclesiástico, en nuestro país, ha dicho equivocadamente que esta Asamblea Episcopal, en vez de acelerar el post-concilio, ha sido un prudente freno al mismo. Sin embargo, monseñor Veuillot pocos días después ha comentado la actitud de la Jerarquía en Francia —dirigiéndose al Instituto Católico de París—, señalando que en el mundo de la cultura "el espíritu de iniciativa... tiene una urgencia imperiosa; de tal modo que las evoluciones necesarias no solamente deben seguir el ritmo acelerado de los desarrollos de la vida religiosa, social, científica y política, sino que en este curso se realizarán las primeras aplicaciones de esta reforma cultural-católica de la enseñanza superior".

Las decisiones estimulantes y valientes del Episcopado francés han versado sobre la enseñanza de la religión en la niñez y juventud, la supresión de la abstinencia de carne los viernes, la institución del diaconado y los matrimonios mixtos.

Esto es lo que se puede llamar la cara espectacular de las decisiones adoptadas. Sin embargo, otra serie de decisiones referentes al clero y seminarios, el apostolado seglar y los actos de culto, han tenido tanta o más importancia que los acuerdos que chocan más a la opinión pública.

Pero ninguno quizá es más importante que la actitud serena, equilibrada y constructiva adoptada por la Asamblea Episcopal francesa acerca de los diez errores doctrinales advertidos por el cardenal Ottaviani en su famosa carta a todos los Episcopados del mundo.

UN periódico progresista como "Le Nouvel Observateur" afirma que la Iglesia de Francia, tras el Concilio Vaticano II, se ha lanzado a una amplia apertura a la izquierda. Sin duda es discutible el empleo de estos términos populares para designar la comprensiva y progresiva actitud del Episcopado francés; pero tiene razón este agudo periódico al decir que los instrumentos que la Iglesia emplea actualmente para ponerse al alcance del mundo, son nuevos, y han sido adoptados por ésta sin recelo alguno. Lo mismo que el lenguaje de nuestra cultura actual para la expresión de la teología, que el uso de las encuestas, cifras, porcentajes y estadísticas de práctica religiosa. "La Iglesia de Francia —dice esta revista— quiere borrar todo el retraso histórico que su alianza con las burguesías reaccionarias le produjo: sus médicos ya no serán unos ascetas evasivistas, sino unos obispos demócratas".

Hasta el moderado semanario, de gran tirada, "La France Catholique", intenta convencernos —y lo hace con pleno éxito— que el "Estudio Doctrinal" que en 1957 hizo el actual presidente de la Asamblea de los Obispos franceses, orientando a los católicos con el máximo equilibrio y positivo acierto —evitando, por tanto, cualquier condenación o postura negativa— se había repetido hoy en día en forma bien clara ante la carta del cardenal Ottaviani, hablando de los diez errores existentes en algunos teólogos católicos.

El periódico católico más avanzado de Francia, "Temoignage Chrétien", aplaude también la forma como se ha desarrollado esta alta reunión episcopal. Según él, los obispos han realizado una profunda reflexión dando orientaciones generales, de carácter abierto, con el fin de abrir caminos para el porvenir. El sistema de establecer sesiones de estudio en donde mediante el diálogo se elaboran unas conclusiones ha sido la causa de tal éxito, evitando con ello dar la sensación de que esta Asamblea fuese una especie de parlamento de alto nivel en donde se enfrentaban tendencias diversas.

La cuestión más delicada quizá, desde el punto de vista práctico, era la aceptación de un diaconado permanente para el futuro de la Iglesia francesa. Diaconado en el que podrán ser ordenados en el porvenir tanto personas solteras como hombres casados que quieran continuar su vida de familia

OBISPOS FRANCESES

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

e incluso su vida profesional. La Santa Sede —según las disposiciones conciliares— tiene, sin embargo, que aprobar esta decisión, pero todo el mundo espera que habiendo obtenido el 95 por ciento de los votos de los obispos, sea aprobada.

Las demás conclusiones —por delicadas que han sido— las ha publicado ya el Episcopado francés sin más espera. Señal de la inquietud que tiene por la más pronta realización de estas decisiones, que tanta importancia han de tener para el futuro del inquieto catolicismo francés, ese catolicismo de vanguardia que sus propios obispos son los primeros en estimular y orientar.

UNA de las medidas más revolucionarias ha sido adoptar un nuevo sistema pedagógico para la confección de un catecismo nacional.

En vez de elaborar un libro único, se ha pensado que era preferible establecer un fondo común en donde el contenido global de la fe fuese redactado de manera clara y asequible a los niños. No se trata de hacer —como muy bien ha indicado el arzobispo de Tours— un nuevo resumen de teología —como estábamos acostumbrados en nuestros catecismos españoles tradicionales—, sino de presentar vitalmente el rico contenido de la enseñanza cristiana esencial en forma equilibrada, e inspirándose en las enseñanzas del Concilio.

Este catecismo tendrá diferentes redacciones, según los ambientes y las regiones, porque no es exactamente lo mismo lo que hay que decir a un mundo rural, que a un mundo obrero industrial, o a unas regiones desecristianizadas, que a otras donde la tradición católica es todavía fuerte.

Sobre todo, se redactará el núcleo central de estos libros de enseñanza religiosa a base de textos bíblicos y de expresiones que coincidan con las reacciones religiosas propias de un niño, explicadas en un vocabulario que pueda asimilar perfectamente.

En Francia hay 120.000 catequistas, cifra impresionante que posiblemente tenga relación con el interés de la Jerarquía francesa por establecer un escalón intermedio entre los sacerdotes y los seglares —los diáconos— que se dediquen a esta labor de enseñanza infantil, y a otras de tipo benéfico-social que hoy están realizadas —por suplencia— o por clérigos ordenados de presbíteros o por seglares.

Habría que preguntarse si una de las causas de la crisis del clero hoy no es la que señalaba durante el tiempo del Concilio el arzobispo de Burdeos, monseñor Richaud: que existen bastantes sacerdotes que en vez de tener vocación específica para su labor, tienen sólo afición a esas labores, intermedias entre los clérigos y los seglares, de carácter administrativo, social o catequético. Esto es grave, porque el mundo de los hombres de hoy en día necesita de una orientación y animación espiritual de sus inquietudes más íntimas, complementada con la acción sagrada, cosas que solamente el sacerdote puede dar de una manera eficaz; y, sin embargo, habiendo un número impresionante de sacerdotes en nuestros países, de influencia católica como Francia, Bélgica, Italia o España, son muchos los presbíteros que **SIGUE**



USE...

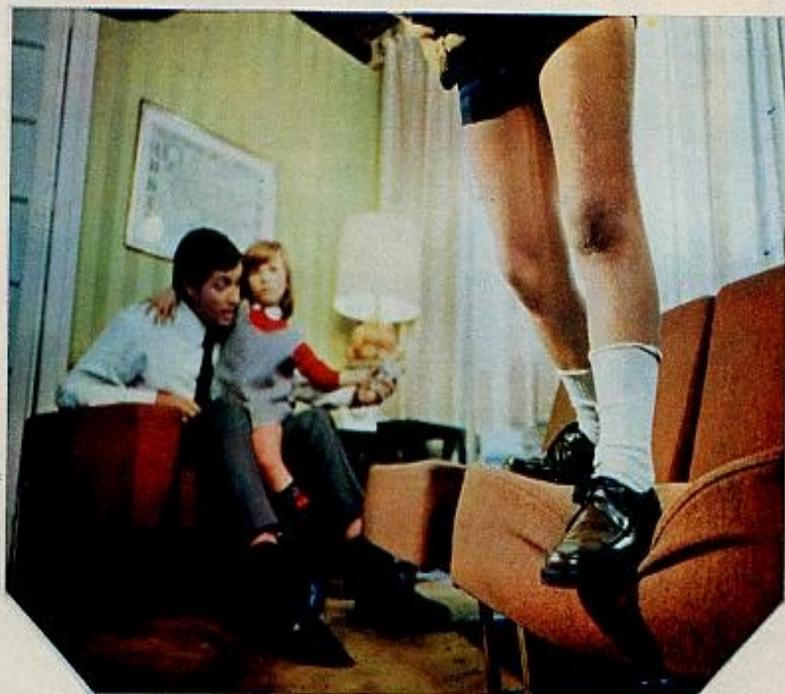
Son tejidos DOLAN.

Tapicería, cortinas y visillos DOLAN

ABUSE

DOLAN es resistente.

No se arruga, no se mancha.



**"USE...
ABUSE"**

dolan



"la fibra que vence al tiempo"

OBISPOS FRANCESES

desatienden esta labor primordial tan necesaria, y prefieren esas actividades que no son exclusivamente suyas. En el futuro —sin duda— seguiremos el camino que nos marca Francia, de dividir funciones, y dedicar un núcleo más claramente vocacionado a la inquietud íntima de los hombres de hoy, y menos a las actividades de tipo caritativo, administrativo o pedagógico que pueden cumplir perfectamente esos diáconos solteros o casados, que hoy han aprobado los obispos franceses su institución permanente.

IN Francia —a pesar de nuestros juicios usualmente pesimistas sobre el catolicismo francés— existen 44.408 sacerdotes al servicio de las diócesis, número notablemente superior al del clero en España, a pesar de todo lo que se dice.

Por eso importa tanto a los obispos franceses dos cosas básicas: 1) una distribución inteligente y eficaz de los efectivos sacerdotales, según las necesidades de las diferentes regiones y lugares; y 2) una educación renovada de los seminaristas.

En nuestro país tenemos igualmente estos problemas, y sin duda nuestros obispos se ocuparán seriamente de resolverlos. No puede continuar por más tiempo la concentración de sacerdotes en ciertos lugares, en donde se da casi una inflación, y, al mismo tiempo, encontramos con regiones donde hay una manifiesta escasez de clero. Del mismo modo que será necesario resolver el desnivel económico que —a pesar de lo mucho que se ha avanzado hasta ahora— todavía existe entre los diferentes estamentos clericales.

En lo que respecta a los seminarios se va a atender especialmente a una presentación bíblica del mensaje cristiano, desde los primeros años de la formación sacerdotal del clero francés; y solamente después, cuando haya suficiente madurez, se desarrollarán los estudios filosóficos y de ciencias humanas, planteados de una manera nueva por supuesto. La primera cosa que se hará es olvidar todas las cuestiones bizantinas que machaconamente se nos han ido repitiendo hasta ahora en los textos de estudio que existían para los seminaristas, y que luego se trasladaban al castellano en unos pretendidos manuales de Filosofía o Teología para seglares, que apenas decían nada a las inquietudes de los hombres actuales. De ahí que esta preparación vital de un pensamiento profundo sea sobre todo "una interrogación para entrenar la reflexión personal profunda, y en relación con las cuestiones que plantean los hombres".

En una palabra, sin perder nada de la seriedad profunda que debe tener una preparación de un seminarista, se esforzarán los obispos franceses en que se obtenga un sentido de vida completamente realista, de tal modo que estén en estrecha relación con las preocupaciones y la vida de los hombres de nuestras actuales generaciones. Y todo ello se tomará como un servicio al pueblo creyente, más que como un entrenamiento a una función de privilegio o de administración organizada de los valores religiosos.

El complemento de estas medidas se encuentra en otra inquietud profunda de nuestra sociedad del siglo XX: los matrimonios en un mundo con pluralidad de creencias, y en donde suele ser ya frecuente la unión entre un católico y otro que no lo es.

Los obispos de Francia han preparado una serie de orientaciones prácticas sobre esta vidiosa materia, y han tenido la delicadeza de consultar previamente a la Iglesia ortodoxa de Francia y a los dos grupos protestantes más importantes: la Iglesia Reformada Francesa (de tendencia calvinista) y la Iglesia Evangélica Luterana.

De esta manera han llegado a dos conclusiones: 1) Que el bautismo que generalmente reciben estos cristianos que no son católicos-romanos, es perfectamente válido, y no debe ser repetido normalmente, porque esto sería una ofensa, tanto a estos cristianos como a la seriedad misma del sacramento. 2) Que todavía la Iglesia católica pide, al que no pertenece a ella, que se comprometa a no poner ningún obstáculo a la educación católica de todos sus hijos, salvo que considere que esta promesa no puede observarla en conciencia, y entonces el obispo expondrá el caso a la Santa Sede, la cual resolverá si puede ceder en alguna ocasión, aunque sin hacerse nadie prematuras ilusiones.

Como se ve, el problema de conciencia no ha quedado plenamente resuelto, sino que quedará todavía a una decisión más alta.

La periódico católico más leído en el Vaticano es el "Avvenire d'Italia", que se publica en Bolonia, y ha sido quizá el que, de una manera más completa y equilibrada, sin demérito de la valentía, ha ido informando sobre el desarrollo del Concilio. Sin embargo —a pesar de su significación—, no ha tenido inconveniente en airear públicamente

la secreta carta del cardenal Ottaviani llamando la atención de los Episcopados mundiales sobre los diez errores doctrinales que considera éste que se han difundido entre algunos teólogos católicos.

Este descubrimiento de un documento, que se quería mantener en el más estricto secreto, se parece un poco a lo que pasó durante el Concilio. Todo empezó lleno de brumas silenciosas que apenas traslucían lo que ocurría en el aula conciliar; pero poco a poco los periodistas, sobre todo italianos, empezaron a manifestar una sorprendente información, que descubría las discusiones francas y abiertas que dentro del Concilio se producían. El secreto del Concilio empezó a ser, como dice "La France Catholique", "un secreto de polichinela".

Todo esto revela que hoy es preciso olvidarse de muchos de los procedimientos secretos en que se querían mantener la mayoría de las informaciones religiosas. El desarrollo de la prensa y los medios de comunicación social, así como la explosión que se está produciendo en todo el mundo de una amplísima opinión pública, dentro del catolicismo, hacen inevitable esta nueva actitud que la Iglesia empieza a adquirir, abierta a todas las miradas. No es cosa ya de añorar actitudes pasadas, ni alegar razones que ya nadie escucha. Tenemos que ser realistas y amoldarnos a lo que pide el mundo de hoy y que él aplica a todo orden de cosas.

Las primeras noticias, sin embargo, que hubo en Italia y Francia fueron alarmantes: parecía que dábamos un sorprendente paso atrás. El primero espectacular que ocurría tras el Concilio.

Sin embargo, el cardenal Ottaviani no tuvo más remedio que aclarar, ante la opinión mundial, que esta carta no era una nueva condenación; que la Iglesia no se arrepentía de la actitud positiva del Papa Juan XXIII y del deseo de evitar las condenaciones que estuvo bien claro en el Concilio Vaticano II, y lo está ciertamente en el Papa actual. Únicamente se trataba de "un documento de trabajo", y de un gesto de "consulta" y colaboración con todos los Episcopados del mundo. Algo nuevo en la historia del Santo Oficio, que hace ver de una manera clara que los procedimientos, denunciados por el cardenal Frings en el Concilio y el arzobispo Roberts fuera de él, han terminado oficialmente en la Iglesia de Roma.

Decía monseñor Moeller, en una conferencia reciente celebrada en Asís, que la nueva actitud de la actual Congregación para la Doctrina de la Fe (antiguo Santo Oficio), era el diálogo, la promoción y el estímulo, pero no la actitud exclusivamente negativa que algunas veces había tenido antes. Y la aclaración que ha hecho el cardenal Ottaviani, que es quien dirige prácticamente esta Congregación, al publicar el documento secreto, para que todo el mundo conozca su sentido, va sin duda en la misma línea.

Por eso el periódico católico, de muy moderna tendencia, "La France Catholique", lo acaba de subrayar así.

Pero nada mejor que la actitud oficial de la Asamblea Episcopal francesa, ante estos errores difusos de algunos teólogos, para que comprendamos cómo han entendido esta actitud positiva y constructiva los obispos de Francia. Monseñor Veuillot, que fue quien presentó oficialmente a la Asamblea el estudio acerca de los problemas doctrinales, ha dicho en una entrevista al periódico "La Croix" dos cosas.

Primero, que "la Asamblea plenaria ha apreciado mucho la iniciativa tomada por la Santa Sede de interrogar a los obispos de Francia, comprometiéndose así en un diálogo, que es algo que está plenamente en el espíritu del Concilio".

Y, en segundo lugar, añadió "que no hay motivos actuales de alarma ni de pesimismo —en materias doctrinales—. La actitud de los obispos quiere ser plenamente constructiva. Existe —es verdad— una cierta efervescencia de pensamiento en el sector profano, que tiene naturalmente una repercusión en el campo teológico. Pero, aunque haya algunas manifestaciones parciales expresadas con cierta petulancia, son más bien en el fondo una invitación continua al trabajo teológico".

Esta decisión ejemplar de la Asamblea de Obispos franceses, en un país que ha sido ciertamente, antes del Concilio, el pionero de todos los avances teológicos, es ilustrativa. Los obispos se sienten obligados a una nueva responsabilidad de construir, más que destruir, con lo cual han dado muestras de haber comprendido plenamente a este Papa profético que fue Juan XXIII.

Las expresiones duras y llamativas de algunos escritores franceses —como nos pasa aquí en España— no han sido motivo suficiente para desequilibrar la serenidad del Episcopado, sino que han dado muestras de ser unos verdaderos pastores de un pueblo inquieto, que desea dar solución a los problemas del mundo contemporáneo.

E. M. M.